

LAS PRIMARIAS DEMÓCRATAS: DE SANDERS A BIDEN



El contexto

Frente a un Presidente de los Estados Unidos de América (EUA) tan imprevisible, errático, autoritario y reaccionario como Donald Trump, los activistas del *Democratic Party* (DP) tuvieron muy clara desde el principio la prioridad: había que apostar por un candidato que pudiera derrotarle fuera quien fuera. De un lado, los Demócratas no le han sabido hacer una eficaz oposición a Trump durante los años de su mandato al haber predominado la retórica sobre la sustancia, y de otro, carecieron de un líder claro. En el primer sentido, todo el proceso del *impeachment* contra Trump no sirvió para desgastarle pues no solo el *Republican Party* (RP) cerró filas con él, como era previsible, sino que los Demócratas no obtuvieron el menor beneficio, máxime al quedar aquél exculpado.

En el segundo sentido, fue todo un síntoma de la desorientación inicial de los Demócratas el hecho de que inicialmente concurrieran nada menos que 25 candidatos a las primarias para elegir al presidenciable.

La cuestión de los disturbios raciales tras el asesinato de George Floyd por un agente de la policía y el debate sobre las estatuas de generales de la Confederación sudista ha tenido efectos ambivalentes sobre Trump. De un lado, no han hecho más que confirmar la casi completa enajenación de los negros con relación a un Presidente absolutamente insensible ante la discriminación y la brutalidad policial y favorable a los símbolos sudistas, y de otro, le han permitido reforzar su imagen de *firmeza* frente a los disturbios entre el electorado ultraconservador, receptivo del mensaje punitivo de “ley y orden” ante una supuesta extrema

izquierda violenta. Hay muchas dudas sobre si Trump aceptará una eventual derrota (salvo que la distancia con Joe Biden fuera de una magnitud tal que resultara del todo incontestable, como la que se produjo en 1964 entre el Demócrata Lyndon Johnson y el Republicano Barry Goldwater: 61.0% frente a 38.4%, un escenario hoy prácticamente descartable) y, de hecho, ya está preparando el terreno para contestar el resultado electoral si no le es favorable. Además de sugerir aplazar las elecciones a causa de la pandemia de la Covid-19 – algo para lo que no tiene competencia alguna-, Trump ha afirmado sin aportar un solo argumento y desprestigiando injustificadamente a la Administración Postal que el voto por correo será fraudulento. Encima cuenta con un inestimable apoyo en el Servicio Postal puesto que su director, Louis de Joy, no ha cesado de añadir dificultades al voto por correo: ha suspendido las horas extra para los trabajadores que podrían encargarse de esa tarea, ha disminuido el uso del transporte oficial para las sacas, ha restringido el uso de los equipos electrónicos para procesar el correo y agilizar los trámites, ha rechazado aumentar las contrataciones y ha ordenado retirar buzones en varias localidades para disuadir a electores, sobre todo ancianos. En estas circunstancias, no sorprende que el Servicio Postal haya advertido de que tal vez las papeletas no puedan llegar a tiempo, de ahí que el DP haya urgido a sus votantes a iniciar los trámites cuanto antes. Ante el alud de críticas recibidas, el director del Servicio Postal acabó afirmando que se subsanarían los problemas y se garantizaría el voto por correo a todo el que lo solicitara. Todo ello por no considerar la más que probable nueva interferencia de los servicios secretos rusos que harán todo lo posible por favorecer a Trump.. Con todo, un ensayo de esta estrategia intoxicadora no ha salido bien para los designios del Presidente: el Gobernador de Wisconsin aplazó las primarias por la crisis sanitaria, pero los Tribunales del

Estado le obligaron a convocarlas presencialmente. Se supuso que esto dispararía la abstención, pero no fue así y se votó de forma masiva. Aún de más interés fue la elección de un puesto en el Tribunal Supremo de ese mismo Estado ya que el candidato de Trump fue contundentemente derrotado por el Demócrata (le dobló en porcentaje) en unas circunstancias difíciles en las que se dificultó al máximo el voto por correo. Por tanto, el contexto de los EUA no puede ser más tenso y polarizado, siendo altos los riesgos de parálisis institucional y de conflictividad política inmanejable tras el 3 de noviembre.

El proceso de las primarias

Como es tradicional, las primarias Demócratas arrancaron en Iowa (3 de febrero de 2020), un Estado poco relevante cuantitativamente (aporta 41 delegados sobre los 1991 necesarios para ganar en la Convención), pero con fuerte carga simbólica. De entrada, todo parecía prefigurar un duelo entre los candidatos más progresistas (Bernie Sanders y Elizabeth Warren) y los moderados (Biden y Pete Buttigieg) y sin embargo los resultados provisionales- tras una lamentable chapuza en el recuento a causa de un nuevo programa informático que resultó ser deficiente- ofrecieron un panorama diferente: Sanders 26.5%, Buttigieg 21.0%, Warren 20.1% y Biden 13.7%. El bochornoso espectáculo de la defectuosa recopilación inicial de datos por serios problemas técnicos fue un inesperado regalo para Trump que afirmó: “si no saben organizar un *caucus*, cómo van a gobernar los Estados Unidos”. De un lado, el mal arranque de Iowa fue un desastre para la imagen del DP, y de otro, el pésimo resultado de Biden (quedó cuarto) defraudó sus expectativas y sólo la penosa cuestión del recuento informático le permitió desviar la atención mediática. De un lado, este asunto mostró un incomprensible amateurismo impropio de este partido, y de otro, es un reflejo más de las carencias electorales

de los EUA, insólitas en una poliarquía de tan larga tradición. Al margen de que todo el sistema de primarias mantiene anacronismos (los *caucus*, en particular, allí donde se recurre a ellos), lo que ya resulta insostenible es que el recuento en las elecciones presidenciales se haga por colegios electorales estatales en los que el vencedor se lleva *todos* los compromisarios, lo que agrava la sobrerrepresentación de los Estados menos poblados. Por no recordar que las “papeletas mariposa” de Florida le costaron la Presidencia a Al Gore en 2000, Tribunal Supremo Federal mediante.

La mala racha de Biden prosiguió en las primarias de New Hampshire (11 de febrero de 2020): Sanders 25.7%, Buttigieg 24.4%, Amy Klobuchar 19,8%, Warren 9.2% y Biden (el quinto) 8.4%, resultado que reflejó la fuerza de los activistas de la izquierda Demócrata al conseguir la victoria para Sanders. Este pareció invencible al arrasar en Nevada (22 de febrero de 2020): 40.4% frente a Biden, 18.8%, claramente descolocado hasta que, por fin, pudo iniciar su recuperación en Carolina del Sur (1 de marzo de 2020) con el 48.4% frente al 19.9% de Sanders, retirándose de la carrera Buttigieg, Klobuchar y Tom Steyer. El “supermartes” (3 de marzo de 2020) sentenció la elección: Biden ganó en 10 de los 14 Estados en liza, seguido de Sanders, mientras que Warren renunció a seguir sin desvelar a quién apoyarían sus delegados. En este “supermartes” aumentó la participación, se votó pragmáticamente y Biden confirmó ser imbatible entre los negros y los hispanos. Las únicas compensaciones para Sanders fueron ganar en California y obviamente en Vermont (su Estado), pero eso no le sirvió. Más llamativa fue la estrepitosa derrota del hípermillonario Michael Bloomberg ya que, por una vez, el poder del dinero resultó totalmente ineficaz: quedó barrido y se retiró, dando su apoyo a Biden para frenar a Sanders. A partir de ahí, Biden se iría imponiendo claramente en las

siguientes primarias (10 de marzo de 2020) al ganar en Idaho, Michigan, Misisipi y Misuri y sólo en dos quedó por detrás de Sanders. En suma, Biden fue venciendo en todos los segmentos del electorado del DP, con la única excepción de los jóvenes blancos.

Todo cambió con la irrupción de la Covid-19 puesto que desde el 12 de marzo de 2020 la campaña se transformó en virtual: se suspendieron los mítines, los debates en la TV se hicieron sin público y en algunos Estados se aplazaron las primarias, cobrando las redes el máximo protagonismo. Antes de la pandemia Trump gozaba de ventaja pues estar en el poder siempre ayuda y la economía iba bien, pero la pésima gestión de aquella por parte del Presidente (minusvaloró su alcance, descalificó a los científicos, apenas proporcionó medios para atajarla) le pasó factura pues de una aprobación previa de casi un 60% se desplomó a apenas un 40% en un mes. Aunque Biden hizo una campaña de baja intensidad al respecto, sus llamamientos a la unidad y a no bajar la guardia frente a la pandemia le acabarían favoreciendo. A su vez, siguió imponiéndose a Sanders en las sucesivas primarias (17 de marzo de 2020) en Florida (62.8% frente a 22.8%), Illinois (59.4% frente a 35.7%) y Arizona (44.3% frente a 32.9%), de tal suerte que Sanders empezó a sopesar retirarse. Esto se produjo finalmente (8 de abril de 2020) con las sucesivas primarias congeladas por la pandemia; en todo caso él anunció que presionaría a Biden para que sus propuestas fueran asumidas, al menos en parte, por éste.

Por tanto, como balance de las tan disputadas primarias Demócratas relativamente pronto quedó claro que la carrera iba a confrontar a Sanders y Biden, quedando sucesivamente descartados los demás candidatos. Buttigieg fue una cierta sorpresa: un joven centrista, pragmático, culto y abiertamente gay. Más llamativa fue la derrota de Warren, una experimentada e inteligente senadora claramente progresista, pero que

no pudo desplazar a Sanders desde la izquierda. Y ello pese a que, de entrada, lo tenía casi todo para ganar: mujer feminista y con un programa avanzado y realista muy detallado, pero no funcionó por el fortísimo gancho de Sanders entre los progresistas. En rotundo contraste, merece alguna consideración el espectacular fracaso del magnate Bloomberg que concurrió cuando ya se habían celebrado cuatro primarias: el temor al que pareció imparable ascenso de Sanders hizo que este hípermillonario (cuenta con una fortuna de 62 mil millones de dólares) acudiera al rescate, relativamente aupado por algunas encuestas que parecieron situarle como segundo en la carrera Demócrata y, por tanto, con posibilidades de aglutinar a los *moderados*. En realidad, el único activo de este candidato fue su enorme fortuna (es el noveno hípermillonario mundial): gastó 338 millones de dólares en su campaña, pero esta carísima inversión fue un enorme fiasco. En efecto, los demás candidatos Demócratas lo aplastaron en los debates y su pasado político lo desacreditó de inmediato. En efecto, de entrada es llamativo recordar su descarado oportunismo puesto que Bloomberg estuvo primero en el DP, a continuación en el RP, luego fue independiente y por último recaló otra vez en el DP; y su gestión como alcalde de Nueva York fue lamentable al caracterizarse por imponer una dura línea policial contra negros e hispanos, por no mencionar su rancio antifeminismo y su insensibilidad social. Hoy el 95% de los votantes Demócratas considera que las abismales desigualdades económicas son un gran problema del país, algo que no preocupa lo más mínimo a Bloomberg. Se trató por tanto de un candidato que era la expresión más nefasta de la financiarización especulativa de la economía tras las desregulaciones que se iniciaron con Ronald Reagan en los años ochenta. En este sentido, su fracaso fue una buena y rara noticia en un país en el que la política está tan condicionada por las grandes corporaciones económicas y financieras.

Sanders versus Biden

El principal activo de Sanders es el entusiasmo movilizador que suscita entre los jóvenes progresistas (blancos), un “suelo” muy fuerte, alto y sostenido que le permitió competir en todos los Estados. Sanders dejó un muy buen recuerdo en su Estado, Vermont, como excelente alcalde de Burlington (gestión que, en cambio, apenas usó en campaña para proyectarse a nivel nacional) y, después, como senador. Declararse *socialista* (él siempre añade *democrático*) no le ha supuesto ningún problema en su Estado, aunque el término sigue suscitando importantes rechazos en el conjunto del país. Este factor limita su alcance nacional al que pueden añadirse otros: nunca consiguió imponerse entre los negros (aunque entre los hispanos hizo algún fichaje excelente como el de la joven y prometedora Alexandria Ocasio-Cortez), le costó más captar al votante maduro y cometió algunos serios errores muy impolíticos en su campaña (defendió el programa de alfabetización masiva castrista, si bien criticó al mismo tiempo la falta de libertades en Cuba) que le ofrecieron en bandeja a Biden una ocasión de oro para desmarcarse de forma contundente y hábil de Sanders.

Desde luego, su programa estaba muy claramente escorado a la izquierda, sobresaliendo las siguientes propuestas: 1) sanidad pública universal, sin seguros privados (algo que ni en la “socialdemócrata” Europa existe), 2) Universidad pública gratuita y cancelación de las deudas estudiantiles por las costosas matrículas (de nuevo, se aparta aquí de la fórmula europea), 3) fuerte regulación de los mercados (recuperar la ley Glass/Steagall del Presidente Franklin Roosevelt en 1933 que separaba los bancos comerciales de los de inversión y que Bill Clinton devaluó), 4) ceder a los trabajadores el 2% de las acciones de las grandes empresas que facturen más de 100 millones de dólares al año (esto va incluso más allá de la *cogestión*

alemana) ,5) salario mínimo de 15 dólares por hora, 6) baja familiar por paternidad o enfermedad con pago garantizado y 7) reforma electoral para evitar las descaradas y abusivas interferencias del dinero en la política. Desde luego, un programa muy audaz y, *a priori*, muy difícil de articular en los EUA: no obstante, el tópico de que el socialismo (democrático) es totalmente imposible en ese país ya no es del todo cierto. En efecto, de un lado, se comprobó en varias encuestas que el 51% de los jóvenes considera esa propuesta más atractiva que la del capitalismo neoliberal, y de otro, resulta que Sanders se imponía a Trump en casi todos los sondeos (aunque es indemostrable saber si esta tendencia se hubiera mantenido después si hubiera sido el candidato oficial del DP). En todo caso, lo más interesante es que Sanders consiguió que el *discurso* de todos los candidatos Demócratas tuviera que escorarse como mínimo hacia el centro-izquierda y, en este sentido, marcó el rumbo.

En contraste, Biden se presentó como el valor seguro, la vuelta a la normalidad y a lo previsible frente a una Presidencia tan turbulenta y caótica como la de Trump. Un líder con sentido común, responsabilidad de Estado y larga experiencia: quizás su principal activo sea haber sido Vicepresidente con Obama. En suma, un dirigente consensual, confiable y conciliador que podría unir de nuevo al país. Sin embargo, Biden presenta diversos flancos débiles: de entrada, aunque no suscita un especial rechazo, es un candidato poco entusiasmante y que, además, parece típicamente representativo del denostado *establishment* de Washington. Al margen de la edad (esto también afecta a Trump) es notable su indefinición ante algunos asuntos clave y ciertos episodios de su pasado político son francamente criticables desde una óptica progresista. Apoyó la guerra de Irak (como Hillary Clinton, por cierto), aceptó recortes en la seguridad social, llegó a unos acuerdos con políticos

segregacionistas, fue muy dudosa su intervención en la audiencia por acoso a Anita Hill, ha tenido que lidiar con algunas acusaciones de molestias de tipo sexual hacia algunas antiguas asistentes suyas (ninguna tuvo consecuencias penales) y la turbia implicación de su hijo Hunter en la compañía de gas ucraniana Burisma Holdings fue bien poco ejemplarizante.

El programa de Biden combina propuestas progresistas con otras que, como mínimo, cabe definir como *centristas*, con predominio de las primeras por la presión de Sanders y por la crisis derivada de la pandemia. Así: 1) crear un fondo federal de 30.000 millones de dólares para fomentar empresas de negros, hispanos y asiáticos, con el compromiso de que la Administración Federal triplicará (del 5% al 15%) el porcentaje de contratación con las iniciativas de estos sectores desfavorecidos, 2) ayudas públicas para la adquisición de vivienda, 3) ampliar la protección medioambiental potenciando las energías alternativas, 4) reforzar el “Obamacare” sanitario, 5) más inversión en investigación y tecnología sostenible y 6) reforma fiscal progresiva, sin muchos detalles en este ámbito. Sin embargo: 1) para ganarse el apoyo de los obreros blancos ha asumido cierto proteccionismo económico (para competir con Trump en su terreno), 2) no recortará los fondos policiales (esto puede estar justificado), pero no anuncia un plan contundente para erradicar la brutalidad de las fuerzas de seguridad y acabar con su casi absoluta impunidad judicial, 3) no es favorable a subir los impuestos a las grandes fortunas y preconiza la reducción del gasto público (lo que casa mal con algunas de las propuestas progresistas anunciadas) y 4) pese a sus promesas medioambientales no renuncia a mantener el polémico *fracking*. En suma, Biden- a diferencia de Sanders- no cuestiona la desigualdad estructural que genera el sistema y tan solo ofrece atenuarla. En otras palabras, para Biden la desigualdad social es un *dato* de la economía, siendo su proyecto el de restablecer la

inclusión que supuestamente se habría conseguido con Obama. Por el contrario, para Sanders la desigualdad es responsabilidad de una reducida oligarquía privilegiada y la inclusión seguiría siendo un proyecto inacabado. Por tanto, Sanders tuvo mucho éxito inicial porque representaba exactamente todo lo opuesto a Trump y los oligarcas, mientras que Biden recuerda más al discurso paliativo de Clinton, bajo cuyo mandato presidencial triunfó del todo la financiarización de la economía precisamente.

Las “dos almas” Demócratas

Tradicionalmente la estrategia de los dos grandes partidos de los EUA ha sido la de capturar al elector indeciso y *centrista*, pero este clásico criterio ya no es tan seguro como antaño: la derecha “sin complejos” crece precisamente por subrayar su mensaje y, a su vez, todo lo que representa Sanders indica un notable auge del progresismo avanzado. En suma, la fuerte polarización que ha introducido la derecha radical ha tenido su respuesta en la izquierda y eso es lo que explica los excelentes resultados de Sanders o los de Ocasio-Cortez que en las primarias de Nueva York para la selección de candidatos a la Cámara de Representantes- el 23 de junio de 2020- obtuvo el 72.6% de los votos.

En el DP siempre han pugnado sus “dos almas” (la de izquierdas y la centrista), siendo lo más destacable el fuerte peso de la primera en la fase inicial de la selección de candidatos en 2020. Así como el 60% de los votantes de Sanders es escéptico con relación a Biden (sólo el 40% parecía dispuesto a votarle antes de que el primero se retirara), el 55% de los votantes de Biden estaba dispuesto a votar a aquél si hubiera ganado la nominación (la propia Hillary Clinton anunció que ella así lo haría, quejándose del escaso apoyo que recibió por su parte hace cuatro años). Una vez más, la clave radica en el *gap* generacional: en las primarias del “supermartes” el 60% de los jóvenes

votó a Sanders y sólo el 17% lo hizo por Biden. Para el sector más radical de la izquierda Demócrata el argumento de que habría que apoyar a Biden como “mal menor” no sería de recibo: a su juicio, con éste líder sería imposible articular políticas que cambien el sistema productivo, acaben con la alienación laboral, eviten la destrucción ambiental o erradiquen la violencia estructural de los cuerpos de seguridad. Este sector recuerda que Biden defendió restringir la inmigración, se posicionó contra los sindicatos, aprobó la guerra de Irak y es sospechoso de abusos sexuales. El grupo DSA (*Democratic Socialists of America*) ha anunciado que no votará a Biden por ser representativo del *establishment* capitalista.

El temor del aparato del DP era que en la Convención no hubiera un candidato claro, lo que obligaría a maniobrar para, tal vez, buscar a un tercero. Las continuas victorias iniciales de Sanders provocaron pánico en el aparato Demócrata, convencido de que era un candidato inviable con el que se iría a la derrota segura, como la que Richard Nixon provocó en 1972 al aplastar al progresista George Mc Govern: 60.6% frente al 37.5%. A partir de ahí, se produjo una intensa movilización para frenar a Sanders: el sonoro fracaso de Bloomberg y la retirada de casi todos los demás candidatos permitió concentrar el voto mayoritario en Biden. Por tanto, el decidido apoyo del aparato del DP a Biden, la retirada de casi todos los demás candidatos y algunos errores de Sanders sellaron el triunfo final del primero, sobre todo porque en el “supermartes” algunos jóvenes se desmovilizaron, mientras que participaron más votantes de edad mediana y avanzada. No obstante, por mucho que la izquierda Demócrata recele de Biden, el hecho incontestable es que su sucesión de victorias electorales resultó decisiva y, por lo demás, se escoró hacia el centroizquierda en cuestiones como la regularización de inmigrantes, los derechos de las mujeres, la denuncia del racismo o la cobertura

sanitaria ampliada. En este sentido, resulta muy simplificador y parcial reducir a Biden al prototipo del pseudoprogresista blanco al servicio de la oligarquía financiera.

Biden como el candidato oficial

Una vez quedó claro el triunfo de Biden frente a Sanders, Obama decidió darle entonces su pleno apoyo para destacar su experiencia, su honestidad y su voluntad de acordar y se trata de un respaldo crucial porque el ex Presidente goza de un enorme prestigio social y tiene nada menos que 120 millones de seguidores en Twitter. La Convención, atípica por la Covid-19, se iba a celebrar en Milwaukee (Wisconsin), entre el 17 y el 20 de agosto, con la asistencia de 5.000 delegados, pero finalmente se optó por un formato estrictamente virtual desde Wilmington (en Delaware, la residencia de Biden) y con retransmisiones desde centenares de localizaciones repartidas por todo el país.

Cuestión especialmente relevante fue la selección de la candidata a la Vicepresidencia para formar el *ticket*: entre los nombres que, de un modo u otro, se barajaron destacan mujeres de las minorías: 1) entre las negras, Kamala Harris, Stacey Adams, Val Domings, Susan Rice, Keisha Lance-Bottoms y Karen Bass; 2) entre las hispanas, Catherine Cortez-Masto y Michelle Luján Grisham y 3) entre las asiáticas, Tammy Duckworth. Por supuesto, también se consideraron nombres de mujeres WASP (*White anglosaxon and protestant*) o de otras procedencias: la propia Warren, Gretchen Whistmer, Maggie Hassan, Amy Klobuchar, Gina Raimondo o Tammy Baldwin. El rasgo común de casi todas ellas radica en su experiencia institucional y su alta cualificación política, recayendo al final la elección en Kamala Harris, inicialmente candidata en las primarias y cuyos debates con Biden fueron intensos, si bien ella se retiró a tiempo al ver que no tenía posibilidades reales y no rompió puentes. Harris

es una experimentada política (fue Fiscal General de California y hoy senadora estatal) y de tendencia progresista pragmática. Ha sido un acertado fichaje en varios sentidos: es la tercera vez que una mujer es candidata a Vicepresidente de los EUA (tras Geraldine Ferraro y Sarah Palin) y la primera que es una negra para aspirar a ocupar ese alto cargo. Harris está sobradamente preparada, es hábil en los debates y el hecho de ser hija de jamaicano e india es un claro mensaje a las minorías étnicas. No es casual que un alarmado Trump la haya criticado por “falsa”, “irrespetuosa” y “radical”, además de dudar de que haya nacido en los EUA, unos despropósitos que muestran su creciente nerviosismo. Si Biden gana, Harris se colocaría en una posición excelente para intentar sucederle de aquí cuatro años (aquél ya ha anunciado que no aspira a la reelección) y todo ello confirma la solidez de un *ticket* mucho más representativo de la pluralidad de la sociedad de los EUA que la del RP.

La Convención del DP (17-20 de agosto de 2020) ha sido virtual por primera vez a causa de la pandemia: el montaje audiovisual- que funcionó con mucha eficacia- ofreció una amplia panorámica del amplio espectro político y social al que aspiran a representar los Demócratas. Biden y Harris han recibido un fuerte apoyo de Obama y de su mujer Michelle, con contundentes críticas a Trump. Aunque el mensaje parece haberse escorado más hacia el centro, Ocasio-Cortez recordó que los objetivos de la izquierda demócrata de combatir las desigualdades sociales están más vigentes que nunca. En todo caso, así como Sanders apenas apoyó a Hillary Clinton, ahora parece mucho más decidido a apoyar a Biden, aunque no haya conseguido que el DP asuma su principal reivindicación, la sanidad pública universal y gratuita. La izquierda Demócrata cree que se les ha dado demasiado protagonismo a los Republicanos disidentes en la Convención, pero ahora tiene muy clara la

prioridad absoluta que es derrotar a Trump. Biden hizo un buen discurso de aceptación, adquirió empaque presidencial y resultó creíble como alternativa sobria y razonable frente a Trump.

En conclusión, el DP debe convencer a la mayoría de los votantes de que gobernará de modo más racional y justo que Trump, no debe utilizar un lenguaje tan lamentable como el de este Presidente para marcar la diferencia y no sería una buena opción en tiempos de tan grave crisis la tentación de escorarse a la derecha para captar voto republicano *moderado* (una especie en extinción) pues eso apenas funcionará hoy en un contexto tan polarizado. Las expectativas de Biden son francamente favorables pues en el promedio de 15 encuestas nacionales de julio de 2020 le sacó a Trump entre 8 y 10 puntos de ventaja: de un mínimo del 55% de posibilidades de victoria de aquel hasta un inverosímil máximo del 89% de posibilidades en algún caso. Asimismo, sus finanzas para la campaña crecieron considerablemente en ese mes (279 millones de dólares) con lo que pudo competir bastante bien con Trump en ese terreno (el Presidente dispuso de 342 millones de dólares). Sin embargo, las encuestas pueden producir un resultado engañoso y desmovilizador (hay voto hiperconservador oculto) y un Presidente tan imprevisible como Trump puede recurrir a las más inesperadas maniobras para aferrarse al poder.

En suma, el DP debe preparar a la opinión pública

para contrarrestar la más que previsible negación de los resultados por parte de Trump en caso de ser derrotado puesto que de inmediato afirmará que las elecciones han sido fraudulentas y manipuladas y no se puede ignorar que al ocupar la Presidencia dispone de fuertes mecanismos para bloquear e impugnar. Para ello, el DP deberá vigilar extraordinariamente que se cumplan todos los estándares y procedimientos electorales reglados para respetar el resultado. Además, debe evitar que la narrativa del fraude cale pues puede haber riesgos de brotes violentos y el desorden sería beneficioso para Trump. Por tanto, se requerirá de una fuerte movilización de la opinión pública más allá de los votantes progresistas para respetar las reglas del juego y asegurar los equilibrios de poderes. Por lo demás, no puede ignorarse que los desafíos a los que tendrá que hacer frente Biden si alcanza la Presidencia son de enorme envergadura: combatir la pandemia, controlar la crisis económica, favorecer la transición energética, enmendar la desregulación financiera, revertir los privilegios fiscales de las grandes corporaciones, reforzar el sistema sanitario y seguir combatiendo el racismo. Se tratará, sin duda, de una de las elecciones más decisivas de los EUA cuyos efectos se proyectarán en todo el mundo.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera

Catedrático de Ciencia Política

Universidad de Barcelona

Fuentes

Se ha consultado a diario *El País* desde el 2 de febrero hasta el 23 de agosto de 2020. En el mismo período y de forma aleatoria, *La Vanguardia*, el *Corriere della sera* y *The New York Times*.

- D. Bromwich: “EEUU: el Supermartes”, *Sin Permiso*, 8 marzo 2020.

- L.E. Calvo: “Una semana demócrata para olvidar”, *Agenda Pública*, 5 febrero 2020.
- L.E. Calvo: “Los tres mundos del ‘supermartes’”, *Agenda Pública*, 4 marzo 2020.
- P. Fitzgibbon, A. Sernatinger y P. Blanc: “EEUU: ¿deben los socialistas apoyar a Biden frente a Trump?”, Dossier de *Sin Permiso*, 17 mayo 2020.
- N. Gilman: “Getting from November to January”, *The American Interest*, 6 agosto 2020.
- L.R. Krugman: “Warren, Bloomberg y lo que de verdad importa”, *El País*, 23 febrero 2020.
- L. K. Llaneras: “El demócrata es el favorito, pero Trump mantiene opciones”, *El País*, 16 agosto 2020.
- G. Moltedo y B. Burgis: “Sanders, Iowa y un método de primarias manifiestamente mejorable”, Dossier de *Sin Permiso*, 9 febrero 2020.
- L. Moreno. “Biden, candidato sigiloso”, *Público*, 6 mayo 2020.
- A. Olear. “¡Bienvenido, míster Sanders!”, *Agenda Pública*, 24 febrero 2020.
- M. Paarlberg: “EEUU, una presidencia pandémica en un año de elecciones”, *Anuario Internacional CIDOB*, 2020.
- J.Ramos Folch: “El virus confina la campaña electoral estadounidense”, *Agenda Pública*, 10 junio 2020.
- G. Sin: “¿Qué nos dicen los resultados de las primarias en Michigan?”, *Agenda Pública*, 12 marzo 2020.
- S. Smith: “EEUU: todos contra Bernie Sanders”, *Sin Permiso*, 1 marzo 2020.

Publicado por:



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

Vía Laietana, 51, entlo.3ª. 08003 Barcelona
Tels.: 93 301 39 90 – (31 98) Fax: 93 317 57 68
e-mail: info@anue.org

Con el apoyo de:



**Generalitat
de Catalunya**

* La Revista de ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresada por sus colaboradores.